

# Justicia social y juventudes en la sociedad cubana



María Isabel  
Domínguez  
  
Centro de  
Investigaciones  
Psicológicas y  
Sociológicas  
La Habana, Cuba

[midominguez@ceniai.inf.cu](mailto:midominguez@ceniai.inf.cu)

## RESUMEN

El presente artículo destaca como una concepción de proyecto social que privilegie la justicia social es un elemento clave para garantizar la inclusión social de grandes sectores poblacionales, en particular las juventudes y reducir desigualdades sociales de distinta índole. En la introducción se señala como a nivel internacional, y en América Latina y el Caribe en particular, la justicia social no está en el centro de las políticas públicas, lo que se revierte en el crecimiento de la exclusión y las desigualdades. El trabajo se centra en el análisis del caso cubano, en el que – desde una perspectiva sociohistórica – se muestra la importancia central que ha tenido mantener la justicia social como fundamento mismo de la naturaleza de su proyecto social y la prioridad brindada a las juventudes en las políticas públicas a lo largo de décadas.

## PALABRAS CLAVE

Justicia social, juventudes, participación, inclusión, desigualdades.

### **A manera de introducción**

La evolución del capitalismo, sobre todo a partir del último tercio del siglo XX, con su dinámica de mayor transnacionalización del capital, ha provocado un fenómeno de globalización a escala mundial, o como algunos llaman, de mundialización de la economía, que tiene su correlato en una transnacionalización de la cultura a través de los medios de comunicación masiva – apoyados en el desarrollo de la cibernética y las telecomunicaciones – y además, en efectos ecológicos también globales, en esfuerzos por crear mecanismos políticos de acción internacional y en acciones militares para imponer un poder mundial. Este panorama ha ido acompañado de un incremento de las desigualdades y de la agudización de las tensiones sociales en todo el mundo.

La crisis económica internacional que ha afectado prácticamente a todas las regiones y el esquema neoliberal con que ha querido enfrentarse, ha demostrado la incapacidad de esos modelos económicos para satisfacer las necesidades materiales y espirituales de la mayoría de la población del planeta, y cómo la creciente satisfacción para una pequeña proporción se produce a costa del permanente deterioro para el resto. Crece la conciencia – incluso en sectores no precisamente de izquierda – de que un sistema basado en la maximización de la ganancia está condenado a autodestruirse y destruir el entorno en que se desarrolla.

El resultado de estos procesos ha sido un incremento de la polarización a nivel mundial, entre Norte y Sur, y también al interior de las sociedades, incluidas las industrializadas. Los efectos más visibles de esa polarización, claros reflejos de la injusticia social existente, se expresan en un sinnúmero de direcciones, todas las cuales constituyen tendencias de desintegración social. Se ha agudizado el problema del desempleo, el crecimiento de la pobreza en las zonas periurbanas y el aumento de la delincuencia y la violencia en las ciudades. El terrorismo y la criminalidad, el tráfico de

armas, de drogas, de órganos y de niños, han alcanzado escala mundial. Los conflictos internos de carácter étnico, religioso, cultural y social se han intensificado, lo que ha incentivado guerras y pone en peligro de desintegración a numerosos Estados-Nación.

El crecimiento de las desigualdades entre países y dentro de ellos y los conflictos bélicos impulsan al éxodo masivo del campo a la ciudad y a oleadas migratorias cada vez más intensas del Sur al Norte, que en el momento actual han convertido la situación de los refugiados en un tema crítico a nivel internacional, sobre todo para Europa.

Estos fenómenos tienen una dimensión espiritual y ética también de considerable magnitud. El entramado social se debilita y con él la solidaridad social. Crece el individualismo y la incertidumbre y en ese marco se refuerzan los fanatismos de distinta índole y su vínculo con el terrorismo.

El culto al consumo adquiere también carácter casi místico y se potencian el presentismo y el hedonismo como estrategias – incluso inconscientes – para evadir un presente vacío y un futuro incierto. La competencia es el método más eficaz para alcanzar las metas inmediatas.

En ese mundo altamente competitivo no todos los grupos sociales cuentan con iguales oportunidades y los más desfavorecidos son excluidos de las distintas áreas de la vida social y compulsados cada vez más a la anomia: conductas delictivas, prostitución, drogadicción, suicidio, entre otras.

La magnitud del peligro que hoy representa la falta de justicia social como generadora de muchas de estas tendencias desintegradoras y las proporciones que ya hoy tienen los sectores excluidos – en muchos casos se trata de regiones enteras – con la inestabilidad social y política que provocan y la crisis de legitimidad en que sitúan a muchas instituciones, ha provocado una amplia preocupación y ha ejercido cierta presión para colocar el tema nuevamente en un lugar central del debate teórico.

En el caso de la región latinoamericana, caracterizada desde etapas anteriores por fuertes desigualdades sociales, ha vivido durante más de una década situaciones diversas. De una parte, la emergencia de gobiernos progresistas en un conjunto de

países dio lugar a procesos de reducción de la pobreza y la desigualdad, mientras que en otros se fortaleció la tendencia al incremento de la falta de equidad y justicia social.

En ese panorama, la región continúa manteniendo los más altos índices de desigualdad. Según datos de la CEPAL, al terminar la primera década del actual siglo, aunque las tasas de pobreza disminuyeron, el 15% de la población que logró salir de ella, se encuentra apenas por encima del umbral mínimo, mientras la décima parte más rica ya concentra hasta el 50% de los ingresos nacionales (CEPAL, 2010, c.p. Burchardt, 2012: 138).

Las nuevas circunstancias que vive la región, con una vuelta en algunos de esos países a gobiernos conservadores o francamente de derecha, con medidas neoliberales, ponen en el punto de mira el tema de las desigualdades y la justicia social bajo el ángulo de la exclusión, que comprende desde la expulsión de las relaciones formales de trabajo de sectores antes incluidos, a las nuevas formas de sobrevivencia a partir de la economía informal y a la incapacidad de brindar oportunidades reales para las juventudes. En este contexto se generan nuevas formas de sociabilidad y ellas engendran nuevos valores.

Estos elementos convocan a prestar mayor atención a la categoría justicia social en el análisis sociológico tanto desde el punto de vista conceptual como en la interpretación del material fáctico que brindan las investigaciones, por su valor explicativo de numerosos procesos del funcionamiento de la sociedad.

### **Justicia social, inclusión y desigualdades**

Partimos de considerar la *justicia social* como la existencia de una real igualdad de oportunidades para el acceso equitativo de todos los grupos e individuos a los bienes y servicios que brinda la sociedad y la ausencia de discriminación de cualquier tipo, proceso que no puede verse separado de otros dos elementos esenciales para un funcionamiento social en condiciones de integración: *participación* y *cohesión* en torno a valores comunes (Domínguez, 2010). Participación entendida no en sentido estrecho solo como participación política, sino en su sentido más general, por lo que ponemos en primer lugar la participación en la vida económica, social y cultural a través del acceso

al estudio, el trabajo y la realización de prácticas socioculturales diversas. Consideramos la participación como el acceso y la presencia real de los individuos y los grupos en las instituciones y organizaciones económicas, sociales y políticas de la nación y la posibilidad de intervenir en las decisiones que le conciernen no solo como beneficiarios sino también como formuladores de estas decisiones y, al propio tiempo, se tienen en cuenta las prácticas participativas que se dan en la vida cotidiana, por fuera de las instituciones y muchas veces en contestación a las mismas.

Cohesión, entendida como el sistema de valores y normas compartidas por los distintos grupos sociales que conviven y conforman una comunidad social ya sea de carácter local, nacional o regional, que se configura y modifica en el propio proceso participativo.

El hilo conductor entre estos tres procesos es la posibilidad de inclusión real que brinda el modelo socioeconómico, como expresión concreta en el plano estructural de la justicia social y la participación.

Por tanto, un contexto donde predomine la justicia social y la participación, necesariamente abre espacios para una mayor inclusión social de los grupos e individuos, lo que a su vez implica mayores posibilidades para una reproducción democrática de la estructura social, donde no solo existan oportunidades similares para formar parte de cualquier clase, capa o grupo social, sino que dicha estructura de clases no incluya relaciones de explotación y se garanticen los mecanismos para materializar esas oportunidades y convertirlas en igualdad de posiciones (Dubet, 2012). Ello a su vez constituye un contexto más adecuado para una socialización en normas y valores que favorezcan la solidaridad y la cohesión.

Esta relación entre justicia social e inclusión, opera de manera particularmente compleja en el caso de las juventudes. Para este grupo, más que para ningún otro, la inclusión tiene una dimensión intrageneracional y otra intergeneracional; en el sector juvenil se define más nítidamente que para el resto de la población las posibilidades de justicia social que brinda la sociedad pues es la etapa de la vida en que con más fuerza se evidencia si las oportunidades sociales son realmente materializables y para quiénes.

En la realidad cubana se ha brindado una importancia central a mantener la justicia social como vía fundamental para garantizar inclusión social y reducir desigualdades. Su relación con las juventudes resulta de gran relevancia para entender la naturaleza del proyecto social cubano por la prioridad que ha mantenido la atención a este grupo a lo largo de décadas en las políticas públicas y por su significación actual y perspectiva para el desarrollo del país, no tanto por su peso numérico en la población (dado el creciente envejecimiento de la población cubana) como, sobre todo, por sus rasgos cualitativos, en particular su nivel educacional y su preparación profesional.

### **La justicia social en la sociedad cubana**

La nación cubana, forjada en el fragor de las luchas independentistas del siglo XIX, surgió precisamente con el ideal de justicia e integración social. La liberación de los esclavos para participar en la guerra contra España junto a sus antiguos dueños, dio inicio a un primer momento de integración clasista y racial que se completó con la interacción generacional y la presencia de la mujer aun en el escenario mismo de la guerra. La concepción de José Martí “Con todos y para el bien de todos” fue la máxima expresión de ese ideal.

En la primera mitad del siglo XX fue difícil materializar aquellos esfuerzos. Es cierto que comparativamente con la mayor parte de los países latinoamericanos Cuba mostraba menores desigualdades sociales<sup>73</sup>, pero, a pesar de esa mejor situación comparativa, los niveles de injusticia y desigualdad eran alarmantes. Los datos y documentos de la época reflejan con claridad la magnitud de los sectores excluidos, su

---

<sup>73</sup> Por ejemplo, la proporción de analfabetos de la población mayor de 15 años en Cuba en los años 50 era de 22%, mientras en países como Ecuador, México y Brasil era de más de un tercio y en la región centroamericana superaba la mitad del total. En cuanto a analfabetismo juvenil, Cuba se situaba en valores intermedios, cercana a países como Ecuador (23,0%) y México (26,2%), bien distante de algunos como Uruguay (2,7%) o Chile (9,7%), pero también muy distante de otros como El Salvador (45,6%) o Guatemala (57,2%). Igualmente se encontraba en posiciones intermedias en cuanto a las proporciones de población con estudios universitarios y se contaba entre los únicos cinco países de la región que tenían un 30% de mujeres con educación superior (terminada o no). Sus tasas de participación en el mercado de trabajo superaban la media latinoamericana (53,7% para Cuba y 49,7% para América Latina, por encima de países como Chile, Venezuela y Argentina, y la tasa de participación femenina se encontraba en la media del continente (18,9 y 18,2 respectivamente). Los datos para Cuba fueron elaborados a partir del Censo de Población, Viviendas y Electoral de 1953 (TSE, 1953). La información sobre Educación en América Latina se basa en fuentes de CEPAL citadas por Infante, 1985 y los datos sobre tasas de participación para la región, provienen de CEPAL (1985).

fragmentación y heterogeneidad, y el pauperismo de su situación que llegaba en muchos casos a la ausencia de oportunidades para el acceso a los bienes y servicios más elementales al ser humano: empleo, salud y educación.

Por ejemplo, el 48,6% de la población vivía en zonas rurales en las que las condiciones de empleo, salud y educación eran mínimas. El 22% de la población era analfabeta, pero en el campo ascendía al 46%. El índice de camas en hospitales en 1958 era solo de 3,3/1000 habitantes y el per-cápita para atención médica según el presupuesto nacional era de 2,25 pesos. El desempleo alcanzaba para ese año la cifra de 13,1% entre los hombres y, de los ocupados, el 47,4% lo estaba en la agricultura, por lo que en realidad constituían un sector de subempleados por el carácter cíclico de la producción agrícola (Zuaznábar, 1986).

A esta exclusión de orden clasista había que añadir la discriminación racial y de género y el marcado contraste entre las zonas urbanas y el campo y entre regiones del país.

Por supuesto que para los sectores excluidos de la participación en los bienes y servicios necesarios para reproducir la vida humana se añadía la ausencia de participación política, no solo en etapas dictatoriales sino incluso en aquellas en que un supuesto funcionamiento democrático dejaba al margen a una buena parte de la población.

El triunfo revolucionario de enero de 1959 creó las premisas para acelerar los procesos de inclusión social nacional desde las primeras medidas: dos Leyes de Reforma Agraria, Ley de Reforma Urbana, Campaña de Alfabetización, nacionalizaciones de empresas privadas, creación de nuevos empleos, plan de becas para favorecer especialmente a jóvenes del campo, reinserción social de las prostitutas, y tantas otras, crearon las condiciones para satisfacer las necesidades de la población y rescatar su dignidad como seres humanos, como expresión de la justicia social que guiaba el proyecto.

Esas medidas comenzaron a tener repercusiones inmediatas que pudieron apreciarse en el plano de las clases sociales, a partir, en primer lugar, de la eliminación de las bases para la existencia de sectores explotadores y la organización de todas las clases y grupos sociales en torno a la propiedad social. Esto, unido a los intensos procesos de movilidad social ascendente que abrieron oportunidades a las generaciones jóvenes para alcanzar mayores niveles de calificación y de inserción ocupacional y, por lo tanto, para ocupar un lugar en la estructura socioclasista de mayor nivel de implicación y relevancia social.

La integración que se dio en el plano de las clases y las generaciones se complementó con la eliminación de la discriminación y la desigualdad de oportunidades raciales y de género. En el caso de las mujeres, se produjo una verdadera revolución dentro de la Revolución, con su participación en la educación, el empleo y la vida social y política, que marcó un profundo cambio en su situación de exclusión social de la etapa prerrevolucionaria.

La participación se potenció a los más altos niveles lo que se expresó en la toma de decisiones que fueron el resultado de la voluntad de la mayoría. Las distintas acciones en cualquier esfera, desde la economía hasta la política, contaron con el impulso masivo del pueblo.

Este accionar colectivo para demoler las anteriores estructuras de explotación, construir el nuevo proyecto y defenderlo frente a las agresiones e intentos de destrucción de todo tipo, consolidaron la cohesión de los ciudadanos en torno a los valores nacionales de independencia, justicia social y derecho al desarrollo.

Podría decirse entonces que aproximadamente para mediados de la década de los años setenta se había logrado consolidar una fuerte integración social en la sociedad cubana, apoyada en los resultados alcanzados en términos de justicia social, participación laboral y política y cohesión nacional sustentada en los valores del proyecto revolucionario.



Esto no significa que el devenir del propio proceso no tuviera en algunos momentos excesivos radicalismos o errores de aplicación de determinadas concepciones o políticas, que condujeran, si no a excluir, al menos a limitar la participación de algunos sectores como fue el caso de los creyentes, como resultado de las concepciones ateizantes que predominaron durante las primeras décadas.

En la segunda mitad de los años setenta y en la década de los años ochenta se reforzaron algunas de las vías para la inclusión social que fortalecieron este proceso. Por ejemplo, se consolidó la existencia del pleno empleo; la masividad en la educación que elevó el promedio de escolaridad a noveno grado; el amplio acceso a la educación superior que permitió la formación de amplios contingentes de profesionales procedentes en altas proporciones de la clase obrera y el campesinado; el incremento de la urbanización del país y el esfuerzo por alcanzar un mayor equilibrio en el desarrollo económico y social de los distintos territorios.

Sin embargo, la homogeneidad de muchas de las políticas sociales no consideró suficientemente las desventajas de los diferentes grupos, tanto las históricamente acumuladas como las que se creaban en las nuevas condiciones, lo que comenzó a debilitar el ritmo de los procesos de movilidad social ascendente (Domínguez, 1995).

Estudios de aquellos años, sobre todo de fines de los ochenta, revelaron el llamado “efecto de tapón” sobre la juventud (Martín, 1991)<sup>74</sup>, cuya máxima expresión fue el crecimiento de los desvinculados del estudio y el trabajo (Domínguez et al., 1990), es decir, cierto desfasaje entre las potencialidades de educación y calificación de la juventud y su inserción ocupacional. De igual forma, la reducción de la actividad social que tuvo lugar en esa etapa en diferentes áreas de la sociedad, hizo disminuir el nivel participativo (Fernández, 1996).

---

<sup>74</sup> Se definió como “efecto de tapón” las limitadas posibilidades de ascenso laboral para los jóvenes que dieron lugar a un cierto desajuste entre sus potencialidades educativas y su inserción ocupacional, por la reducida recirculación de la fuerza de trabajo según la cual las plazas estaban ocupadas no de acuerdo a la capacidad (como indicaba el principio de distribución socialista), sino según el orden de llegada.

Quiere decir que en esa etapa confluyeron dificultades como cierta reducción de la participación social, con la disminución, aunque aun relativamente reducida, de los espacios de inclusión. Pero, a pesar de esas expresiones, en el período prevalecieron las condiciones de justicia social.

Resultados de investigaciones realizadas en esos años constataron el fortalecimiento de la identidad nacional, su clara delineación “apoyada en representaciones y afectos muy consolidados y acompañada de orgullo y compromiso con lo nacional”, así como “una alta autoestima... a diferencia de otros pueblos latinoamericanos” (de la Torre, 1995: 115).

El escenario de los años noventa se caracterizó por la profunda crisis económica que afectó al país, como resultado de la ruptura de sus fuertes vínculos con la Unión Soviética y el bloque de países socialistas de Europa oriental tras la caída del Muro de Berlín y por el recrudecimiento del bloqueo económico, comercial y financiero de los Estados Unidos, en momentos en que se intentaban rectificar errores en la estrategia de funcionamiento económico del país. Ello condujo a importantes cambios resultantes depara conformar una estrategia de enfrentamiento a la crisis basada en la difícil combinación de elevar la eficiencia económica con la menor afectación de los niveles de justicia social alcanzados.

La convergencia de todo este conjunto de factores, produjo diversos efectos sociales, sin olvidar que ello estaba condicionado en gran medida por las condiciones sociales de partida, en particular el nivel de inclusión previo y el grado de preparación que tenía la población para enfrentar una situación de crisis.

En estas condiciones confluyeron elementos favorables y desfavorables. El más positivo fue sin dudas, el fuerte consenso en torno a valores básicos como la igualdad y la justicia, que ha mantenido a la mayoría integrada al proyecto social, y la capacidad creativa y de resistencia que forma parte de la identidad del cubano.

Entre los principales elementos negativos habría que mencionar la disminución de la participación y el desarrollo de una conciencia igualitarista, que provocó un disparo

de las expectativas de los diferentes grupos sociales no asentadas en el trabajo, resultante del debilitamiento de la conciencia laboral, así como impactos en el área de los valores (Domínguez, 1994).

La magnitud de la caída económica que se produjo durante esos años implicó una drástica reducción de los niveles de vida de la población cubana, lo que ha significado una considerable afectación para los distintos grupos. Digamos por ejemplo que en solo tres años (entre 1989 y 1992), el consumo per-cápita de los hogares se redujo en 18,5% (ONE, 1996: 87).

Al propio tiempo, una de las dimensiones principales de la estrategia de reajuste seguida, a diferencia de las soluciones neoliberales, se encaminó a repartir la crisis con equidad, es decir, evitar la toma de medidas puramente económicas que tuvieran un fuerte costo para algunos grupos en particular, como podría haber sido la racionalización laboral indiscriminada o mercantilizar los servicios sociales básicos, a la vez, que se hicieron esfuerzos por compensar aquellos sectores más afectados a través de un reforzamiento de la seguridad social. Quiere decir que aun en los peores momentos se trató de conservar un nivel de justicia social que evitara el aplastamiento de ningún grupo.

Sin embargo, la naturaleza de la crisis y el tipo de salida que se fue configurando como posible en las circunstancias internas e internacionales en que tuvo lugar, produjo inevitablemente un conjunto de efectos, que se expresaron en la aparición o incremento de ciertas desigualdades. Elementos tales como la presencia de capital extranjero, el incremento de la actividad turística, el crecimiento de la actividad laboral por cuenta propia, la desestatalización de parte de la producción agropecuaria, la dualización de la moneda y la flexibilización de las regulaciones migratorias fueron políticas, entre las más significativas, que dejaron sentir sus efectos sobre la sociedad.

Estas políticas, con varias reformulaciones, se han ido consolidando y cobraron forma más definida a partir del año 2010, en particular con la formulación de los Lineamientos de la Política Económica y Social, que se viene implementando como parte del llamado proceso de *actualización* del modelo económico y social (PCC, 2010).

La diversificación de las formas de gestión y de propiedad, el crecimiento del trabajo por cuenta propia y de otras formas de trabajo cooperativo no agropecuario, ha tenido importantes repercusiones sobre las condiciones de trabajo y de vida de sectores importantes y está provocando un proceso de recomposición de la estructura de clases, en la que sin duda alguna el componente generacional tiene una particular relevancia en esos cambios.

Los trabajadores por cuenta propia registrados a fines de los años ochenta representaban alrededor del 2% del total de ocupados e igual proporción alcanzaban los cooperativistas (todos en el sector agropecuario) (CEE, 1987). Para fines de la década de los años noventa, ya esas cifras se habían incrementado ligeramente al 4% y el 8% respectivamente (ONE, 2000: VII.2). En la actualidad, el sector cooperativo abarca alrededor del 5% y el de trabajadores por cuenta propia alcanza el 10% del total de ocupados (ONEI, 2015: 7.2).

Los ajustes en las políticas no han afectado los más importantes logros de la Revolución a lo largo de toda su historia en materia de justicia social, entre ellos la garantía de amplio acceso a la educación incluida la enseñanza superior, de manera universal y gratuita, que ha permitido al país situarse en los primeros lugares a nivel internacional. Según el Índice de Desarrollo de la Educación para Todos, Cuba ocupa el primer lugar de Latinoamérica y el Caribe y el lugar 16 a nivel mundial, en una relación encabezada por naciones como Japón, Suecia, Noruega y Reino Unido y quienes la secundan en la región son Aruba en el puesto 40 y Argentina en el 43 (UNESCO, 2015).

Según el último Censo de Población y Viviendas realizado en el año 2012, el 83,9% de la población cubana mayor de 14 años tenía como mínimo noveno grado. Mientras, el 97,6% de los y las adolescentes entre 15 y 16 años habían completado algún grado del primer y segundo ciclo de la enseñanza media; de ellos, el 45,9% había concluido la secundaria básica, el 2,8% el nivel preuniversitario, mientras el 29,7% se encontraba cursando ese nivel de enseñanza (ONEI, 2014: 284). De igual forma la tasa bruta de matriculación en la educación superior llegó a colocarse a fines de la primera década del actual siglo (curso 2009-2010) en 52,3 % (ONE, 2011: 3.3 y 18.24).

Tales esfuerzos se han revertido en que, entre las mayores fortalezas con que cuenta el país hoy, se encuentren la calificación de sus recursos laborales y la cultura política de la población.

El análisis anterior revela pues, que el proyecto de la Revolución conserva los niveles de justicia social alcanzados en etapas anteriores y está inmerso en un proceso de búsqueda de nuevas vías de inclusión social que ofrecer, especialmente a la juventud. Los niveles de inclusión educativa, ocupacionales y de participación sociopolítica se mantienen en umbrales elevados y ello es la principal condición para conservar y reforzar la justicia social como pilar del proyecto de país.

Sin embargo, los procesos que se han venido produciendo en la sociedad cubana desde los años noventa, pero aun más los que se derivan de la actualización del modelo socioeconómico que está dando lugar a cambios no solo en las formas de gestión sino incluso en las formas de propiedad y en algunos ajustes en los servicios sociales, por ejemplo el cambio en la estructura de la oferta de matrículas para continuar estudios postsecundarios, con un mayor peso de la enseñanza técnico-profesional y una reducción de la universitaria, están teniendo como efecto el crecimiento de ciertas desigualdades sociales, las que si bien aún son limitadas dada las coberturas universales que se garantizan, implican una situación mucho más heterogénea que la vivida en el país durante varias décadas.

Esa situación obliga a repensar las políticas públicas, en particular las dirigidas a las juventudes y a ampliar los espacios de participación en el diseño e implementación de dichas políticas, de forma tal que no se afecten los niveles de justicia social que han caracterizado al proyecto de la Revolución Cubana y que ha constituido su principal fortaleza.

### **Reflexiones finales**

El comportamiento actual de la política socioeconómica del país evidencia los notables esfuerzos que se realizan para mantener y elevar los niveles de justicia social alcanzados y favorecer espacios de inclusión social para las juventudes.

Entre los principales elementos favorecedores se encuentran un aumento del nivel de descentralización que propicia mayor autonomía de las instituciones, organizaciones y territorios; un uso más racional de los recursos y las potencialidades propias; una conciencia de la necesidad de reformulación de las metas sociales a alcanzar desde nuestras propias circunstancias; una reanimación del pensamiento social y político que retoma nuestras raíces y abre nuevas potencialidades al análisis y el debate de ideas, lo cual limita el formalismo y el dogmatismo. Todos estos elementos contribuyen a reforzar la cohesión nacional y son condición básica para una participación más efectiva.

En el plano de los efectos concretos del proceso de actualización del modelo de desarrollo socioeconómico, como elementos positivos es posible mencionar:

- Importantes pasos hacia la reducción del igualitarismo a través de nuevas formas de estimulación en correspondencia con la cantidad, calidad y el significado social del aporte laboral, en algunos renglones decisivos. Esto estimula la realización de un mayor esfuerzo y favorece la formación de grupos de referencia internos que no son ajenos al modelo social.
- La diversificación de los espacios de inserción laboral a partir de la diversificación de las formas de propiedad.
- La paulatina recuperación del valor de la moneda nacional que impulsa a los jóvenes a la búsqueda de empleos que garanticen un ingreso estable.
- Pasos hacia la descentralización que pueden favorecer la autonomía y creatividad juvenil.

Entre los principales obstáculos podrían enumerarse:

- La débil correspondencia entre esfuerzo laboral y posibilidades de satisfacción de aspiraciones individuales mediante el salario, lo que propicia la búsqueda de vías alternativas para lograrlo.
- La estratificación de los espacios laborales, desde los muy atractivos hasta los rechazados por una alta concentración de condiciones desfavorables, lo que genera competencia por el acceso a unos y el desinterés por otros.

- La debilidad de los mecanismos de recirculación de la fuerza de trabajo, para abrir espacios a los más idóneos que otros trabajadores ya ocupados.

- El incremento de las desigualdades sociales entre grupos de la juventud.

Tanto elementos favorecedores como obstáculos se conjugan con las características del grupo juvenil, cuyas principales fortalezas siguen siendo sus elevados niveles educativos y de calificación y sus altas expectativas, que pueden actuar como elementos movilizados hacia un mayor esfuerzo. De igual forma, sus principales debilidades radican en cierto desbalance de dichas expectativas hacia el área del consumo material, así como cierta concentración en metas individuales.

Teniendo en cuenta el incremento de la heterogeneidad juvenil, se requiere una consolidación del ritmo de recuperación económica, un incremento del papel del salario en la solución de las necesidades del individuo y un fortalecimiento del control estatal sobre sus recursos, lo cual contribuirá a elevar el interés por el trabajo y mantener la justicia social como premisa esencial del modelo cubano, que garantice las posibilidades de inclusión social para las juventudes y la socialización en valores claves como la solidaridad y el colectivismo.

## BIBLIOGRAFIA

Burchardt, Hans-Jürgen 2012. "¿Por qué América Latina es tan desigual? Tentativas de explicación desde una perspectiva inusual", en Revista *Nueva Sociedad* N°. 239, mayo-junio.

Comité Estatal de Estadísticas (CEE) 1987. *Anuario Estadístico de Cuba*, La Habana.

Comisión Económica para América Latina (CEPAL) 1985. *Mujeres jóvenes en América Latina: aportes para una discusión*, Montevideo: Arca Editorial.

\_\_\_\_\_. 1997. *Panorama social de América Latina 1996*, Santiago de Chile.

\_\_\_\_\_. 2000. *Panorama Social de América Latina, 1999-2000*, en: <http://www.eclac.cl>, acceso 10 de abril de 2013.

\_\_\_\_\_ 2000. *Capital Social y Reducción de la Pobreza en América Latina y el Caribe*, en <http://www.eclac.cl>, acceso 10 de abril de 2013.

\_\_\_\_\_ 2010. *Panorama social de América Latina 2010*, Santiago de Chile.

Domínguez, María Isabel 1994. *Las generaciones y la juventud: Una reflexión sobre la sociedad cubana actual*, (Tesis Doctoral, inédito). La Habana: Fondos del CIPS.

\_\_\_\_\_ 1995. "Generaciones y procesos sociales en Cuba", en: Revista *Contracorriente* No. 1. La Habana.

\_\_\_\_\_ 2010. "Integración social de la juventud cubana hoy. Una mirada a su subjetividad", en: *Revista Argentina de Sociología* Año 6 – Nº 1, Buenos Aires.

\_\_\_\_\_ et al. 1990. *Características generacionales de los estudiantes y los desvinculados del estudio y el trabajo*. (Informe de investigación), La Habana: Fondos del CIPS.

Dubet, Francois 2012 "Los límites de la igualdad de oportunidades", en Revista *Nueva Sociedad* Nº. 239, mayo- junio.

Fernández, Olga 1996. "Cuba: participación popular y sociedad", en: Dilla, Haroldo (Comp.) *La participación en Cuba y los retos del futuro*. La Habana: CEA.

Infante, Isabel 1985. *Juventud: analfabetismo y alfabetización en América Latina*, Santiago de Chile: UNESCO.

Martín, Juan Luis 1991. "Youth and the Cuban Revolution: Notes on the Road Traversed and Its Perspectives", en: *Latin American Perspectives*. Vol.18, No.2, Spring. Sage Publications.

Oficina Nacional de Estadísticas (ONE) 1996. *Anuario Estadístico de Cuba 1995*, La Habana.

\_\_\_\_\_ 2000. *Anuario Estadístico de Cuba 1999*, La Habana.

\_\_\_\_\_ 2011. *Anuario Estadístico de Cuba 2010*, La Habana.

Oficina Nacional de Estadísticas e Información (ONEI) 2015. *Anuario Estadístico de Cuba 2014*. La Habana, en: <http://www.one.cu> acceso, 20 de septiembre de 2015.



\_\_\_\_\_ 2014. *Censo de Población y Viviendas 2012. Informe Nacional. Resultados definitivos de indicadores seleccionados en Cuba, provincias y municipios*, en: <http://www.one.cu>, acceso 20 de septiembre de 2015.

Partido Comunista de Cuba (PCC) 2011. *Lineamientos de la política económica y social del Partido y la Revolución*. La Habana: Editora Política.

Torre, Carolina de la 1995. "Conciencia de mismidad: identidad y cultura cubana", en: Revista *Temas* No. 2, La Habana.

Tribunal Supremo Electoral, Oficina Nacional de los Censos Demográfico y Electoral 1953. *Censo de Población, Viviendas y Electoral (Informe General)*, La Habana.

UNESCO (2015): *La Educación para Todos, 2000 – 2015: Logros y desafíos*, UNESCO, París , en <http://unesdoc.unesco.org/images/0023/002325/232565s.pdf>, acceso 13 de diciembre de 2015.

Zuaznábar, Ismael. 1986. *La economía cubana en la década del 50*. La Habana: Ciencias Sociales.